

LAS ELECCIONES COLOMBIANAS

por
**EDUARDO
CARRASQUILLA**

LAS ELECCIONES del 19 de abril de 1970 no serán otras en la larga lista de consultas electorales del país. Esto es evidente, y cualquiera que sea el ángulo desde el cual el observador enfoque la vida colombiana, deberá reconocer que no son pocos los fenómenos sociales que surjan de ellas, amén de los puramente políticos que ya, a una semana de su realización, empiezan a verse con todas las inquietudes características que signan a lo nuevo.

Pero antes de sacar conclusiones de lo acaecido, es menester resaltar el hecho de que, desde la misma campaña electoral, estas elecciones tenían un tinte muy diferente a las realizadas anteriormente que mostraban una apatía de las gentes por el tema, hasta el punto de existir zonas en las que la abstención electoral alcanzó cifras cercanas al 80 % del padrón. Ello se debía a que se asemejaban mucho a esas justas electorales mediante las cuales el PRI legaliza su dominio institucional en México. Se daba por aceptado que el candidato del Frente Nacional (coalición conservadora-liberal nacida en 1958 para poner fin a una lucha secular de las dos agrupaciones históricas) ganaba ineluctablemente, sobre todo si se tiene en cuenta que la reforma constitucional del 58 proscribió la aparición electoral de nuevas agrupaciones partidistas.

Esta vez todo fue distinto. Se presentaron cuatro candidatos a la primera magistratura, y todos ellos poseían una base electoral respetable y enfoques lo suficientemente diferenciados como para que el ciudadano considerara que tenía la posibilidad real de elegir. Es precisamente por eso que vamos a entrar en materia analizando brevemente el origen y señales propias de las distintas candidaturas. Reduciremos al máximo las consideraciones anecdóticas por considerar que las agencias internacionales de prensa llevaron cotidianamente estos aspectos al lector argentino.

BELISARIO BETANCUR

Su candidatura tiene antecedentes que se remontan a los primeros años de la dé-

cada pasada. En 1962 un grupo de jóvenes intentó convencerlo a que aspirase a que su partido (el conservador) lo aprobase como aspirante oficial a la presidencia de la nación. El rechazó tal propuesta, siendo el candidato oficial de esa época el Dr. Guillermo León Valencia, pero la imagen de Belisario se presentó a los ojos de la juventud como una esperanza futura y un hombre al cual no había que desaprovechar en un país con las situaciones peculiares de Colombia. Esa imagen que perduró y sirvió para su nuevo lanzamiento en el 69, lo presenta como un hombre que no tiene un pasado en los sectarismos que ahogaron al país. De otro lado es un intelectual serio y que dio testimonio de su aprecio a la libertad durante el gobierno de Rojas Pinilla, lapso en el cual fue un frecuente reo en las cárceles gubernamentales mientras que la plana mayor de los que hoy condenan a Rojas Pinilla ocupaban los cargos más prominentes de su administración.

Esta figura del hombre puro, del intelectual perfectamente comunicado con las necesidades y realidades de un país sufrido, son la clave para explicar por qué fue el único candidato que supo crear una mística y dinamizar políticamente al estudiante universitario que tradicionalmente rechazaba a toda actividad política dentro de los límites tradicionales. Ese estudiante abandonó su aislamiento y se convirtió en uno de los puntos básicos de su sector. La honestidad de Betancour atrajo también a muchos profesionales jóvenes y sectores de la clase media y popular. Se le ha reprochado el que trató de intelectualizar demasiado su campaña, pero esto representó un elemento nuevo en la política, y explica por qué atrajo a sí sectores que como el ya mencionado, se desentendieron durante mucho tiempo de las actividades políticas.

Otros sectores que se le oponen lo acusan de haber recurrido a la demagogia. La paja en el ojo ajeno y la viga en el propio. Ninguno de los candidatos que se le enfrentaron se despojaron de esa arma. El nivel educacional del pueblo colombiano no permite buscar triunfos a través de

un diálogo franco y de alto nivel. El presidente Lleras presentó en muchas oportunidades argumentos de altura y muy entrados en razón para exponer sus planes de gobierno, y los resultados electorales dan una muestra fehaciente de que el pueblo no los comprendió. Sus urgencias vitales sobrepasan completamente los argumentos que puede esgrimir un técnico o un intelectual.

Betancour prometió respetar la constitución en cuanto a que el sistema de Frente Nacional está perfectamente institucionalizado en ella, pero dándole una nueva dimensión social y una concepción de desarrollo integral que difería en mucho a la concepción de desarrollismo económico que campea en la mente del sector gobernante. Era vitalizar el sistema para que encontrara arraigo en el hombre común. Si el Frente Nacional surgió como una respuesta a una emergencia política, no debía seguir moviéndose solamente en el plano político y el económico sino que era fundamental que adquiriera una base popular.

En los últimos meses del año pasado se firmó el acuerdo de la Casa de la Moneda por medio del cual, y temiendo el avance de la oposición al sistema, se procuraría buscar un candidato único para oponerlo al general Rojas Pinilla que, rehabilitado en sus derechos políticos, iba a ser el candidato lógico del antifrentenacionalismo. Este acuerdo preveía que la convención nacional del partido conservador presentaría a su similar liberal el nombre del candidato para que ésta lo aprobase y lanzarlo en forma conjunta. Este mecanismo obedecía a la más pura ortodoxia del Frente Nacional y los comités nacionales de los dos partidos lograron un aparentemente sólido acuerdo al respecto.

Dentro del pacto anterior, se suponía que Belisario Betancour debía someter a la consideración de la convención de su partido su nombre, al igual que los otros

precandidatos. Entre estos últimos figuraba el Dr. Pastrana Borrero, que contaba con la incondicional ayuda patrocinadora del ex-presidente conservador Mariano Ospina Pérez y su señora, figura clave en las intrigas que hacen a la historia menuda pero trascendente del partido y del país. Ciertamente el Dr. Pastrana llegaba a esta convención con todo el apoyo del gobierno y de los grupos dominantes, razón que llevó a Belisario a negarse de someter su nombre a una convención cautiva que sólo iba a formalizar con cierto aire democrático la candidatura de Ospina P. y del liberalismo que veía en Pastrana a un hombre sin mayor arraigo en su partido y, por lo mismo, que resultaría dócil al liberalismo sobre el cual tendría que apoyarse para poder gobernar con alguna posibilidad de éxito.

Es así que los grupos conservadores, liberales e independientes que junto a la incipiente democracia cristiana colombiana, rodeaban a Betancour decidieron llevar al candidato hasta las elecciones. La figura de Belisario contó con el apoyo del ex-presidente Valencia, al que todos los colombianos reconocen como un prototipo de hidalguía y honestidad, un hombre sobre el cual se puede discutir como administrador pero no como hombre probo e interesado en la promoción de los sectores nacionales.

Desde ese momento esta fue, como la llamaban sus lemas, la candidatura de los marginados, no solamente entendiendo por tales a los tradicionales sino también a los jóvenes e intelectuales colombianos que muy poca participación tuvieron en el manejo del país desde la desaparición de los presidentes-literatos del siglo pasado.

Cabe señalar que a excepción de un importante diario conservador de provincia, esta candidatura no contó, como es natural, con los medios de comunicación capaces de formar opinión pública a escala nacional, que son oficialistas por definición,

café INSTANTANEO LA MORENITA

y sobre cuya efectividad bien podría discutirse a la luz de los resultados electorales del 19.

MISAEAL PASTRANA BORRERO

Hasta su promoción, la figura de Pastrana Borrero era algo opaca. Un técnico, en el sentido de un buen ejecutivo, pero carente de todo nimbo político. Había colaborado en las administraciones de Ospina Pérez, Rojas Pinilla (en cargos diplomáticos), Alberto y Carlos Lleras y, al igual que Betancur, ministro del gabinete Valencia. En la actual administración, además de ministro de estado, ocupó la embajada en Washington, embajada que en la historia latinoamericana ha sido muchas veces la antesala de la presidencia.

El Dr. Ospina Pérez considerado después de la muerte de Laureano Gómez, como el jefe nato del conservatismo, insistió en numerosas ocasiones sobre su neutralidad frente a candidaturas, dejando que sus partidarios se aglutinaron alrededor de los más diversos nombres, en espera, según sus palabras, a que la convención estatutaria resolviera por mayoría de votos cuál sería el nombre a presentar al partido liberal para convertirlo en candidato oficial del sistema.

La señora de Ospina Pérez propugnó abiertamente por la candidatura de Pastrana, pero su esposo mantuvo hasta último instante una aparente neutralidad que, si bien no pasaba como tal para los observadores ajenos al partido, alentó a dirigentes conservadores a buscar su nominación. Por otro lado, los personeros del gobierno y del liberalismo que reconoce a Carlos y Alberto Lleras, sobre todo al primero, como sus máximos jefes, no ocultaban que deseaban fervientemente que la convención respaldara a Pastrana so pretexto de la necesidad de continuar el régimen reformista que se inició en 1966, pero teniendo como agenda oculta que frente a un partido dividido y con muy poco magnetismo político, los liberales podrían manejar la situación mediante un presidente del partido adversario.

El sistema de nominación por convenciones, una innovación en el panorama político colombiano, despertó un entusiasmo en muchos sectores que vieron en ello la concreción de un mecanismo verdaderamente democrático, al estilo de los partidos demócrata y republicano en el norte. Evidentemente esta esperanza fue fugaz porque los hechos se encargaron rápidamente de mostrar la verdad.

Llegado el día de la convención y el momento de la votación, los diferentes precandidatos distintos de Pastrana, resolvieron renunciar a sus aspiraciones en favor del Dr. Evaristo Sourdís, el más fuerte de ellos, para poder conseguir algún éxito en el enfrentamiento al oponente designado por la familia Ospina. La primera votación acordó una estrecha victoria para el Dr. Sourdís, victoria que es meritoria si se tiene en cuenta que el Dr. Ospina Pérez, que presidía el acto, dejó de lado su "neutralidad" y votó en voz alta por su candidato, coacción ésta que produjo sus efectos en gran parte de los asistentes que ven en su figura todopoderosa a un amable patriarca, generoso dispensador de cargos públicos. Como consecuencia del estrecho margen, se efectuó una segunda elección en la que el ex-presidente vetó espectacular-

mente la posibilidad del voto secreto y se produjo un resultado insólito en este tipo de actos: un empate entre los dos nominados. Cabe aquí aclarar que en el espacio entre las dos elecciones se produjo alguna movilidad de delegados que, a los ojos de los escrupulosos, vició el acto electoral.

Como resultado del empate, comenzaron los convencionistas a buscar fórmulas de arreglo al "impasse". Se sugirió una tercera votación, pero el Dr. Ospina había clausurado la convención después de la igualación de votos y se negó tercamente a una tercera vuelta por considerarla violatoria de los estatutos partidarios. En cambio, sugirió la fórmula de llevar los dos nombres a la convención liberal, sabiendo de antemano que su pupilo iba a recibir una ovación.

En la convención liberal la operación no resultó del todo fácil. Un buen grupo de liberales entendía que la plataforma de desarrollo social de Belisario Betancur era una buena ocasión para que el liberalismo volviera a ser el partido de izquierda y de cambio como en sus mejores momentos. Otro grupo más legalista sostenía que, dada las incidencias de la convención conservadora, era mejor esperar a que el conservatismo solucionara sus asuntos internos. Estos grupos se manifestaron en la primera sesión de la convención liberal que se celebró casi paralelamente (al día siguiente) de instalada la conservadora, dada la creencia de que el conservadurismo iba a aceptar totalmente el planteamiento ospinista y todo el proceso era cuestión de horas.

Como resultado de esas fisuras liberales, su convención se pospuso por unos días y éste fue un lapso bien aprovechado para eliminar elegantemente a los sectores minoritarios de tinte betancurista. Naturalmente, cuando el Dr. Ospina llevó el nombre del Dr. Pastrana ante una convención depurada, la aclamación se produjo casi instantáneamente y así surgió esta candidatura como la oficial de los directorios partidarios.

Los dos más importantes diarios del país ("El Tiempo" y "El Espectador") empezaron apresuradamente a crear la imagen de Pastrana basándose en el hecho de ser joven (47 años, igual que Betancur y representar la continuidad del gobierno de quien ellos consideraran su jefe insustituible, el Dr. Carlos Lleras R. Naturalmente, todos los otros medios periodísticos y radiales (la TV es monopolio estatal) entraron en la misma tónica. Se desarrolló un trabajo enorme conducente a crear la imagen de Pastrana como líder y figura política de primer orden y continuador de un gobierno que se presumía contaba con el mayor fervor popular. Ciertamente la tarea no fue fácil. Se tuvo que recurrir a enormes despliegues publicitarios hasta entonces desconocidos. El Dr. Lleras Camargo se vio obligado a dejar transitoriamente su puesto en "Visión" y volver al país a trabajar en esta candidatura. Es preciso acotar que el ex-presidente Lleras C. tiene una enorme simpatía entre el electorado femenino por su bien timbrada voz y por la inteligencia con que planea sus arengas en las cuales explota muy bien todos los valores distintivos de la psicología femenina. El anciano Dr. Ospina P. tuvo que recorrer el país y realizar esfuerzos desaconsejables para una persona de su edad. En una palabra, el elenco oficialista debió efectuar

una labor tremenda para "vender" la imagen de su candidato.

A pesar de este "tour de force", las plazas no se llenaban satisfactoriamente. Es cierto que la burguesía, principal apoyo de la candidatura, no suele ser el espectador habitual para los mítines, pero un país rural como Colombia tiene un enorme potencial electoral en los campos y aldeas desperdigadas sobre una dura geografía de selva y montañas. Este pesimismo oficial se desarrollaba mientras Betancur consolidaba un caudal electoral respetable y la figura de Sourdís capitalizaba unos votos indispensables para cualquier candidato.

En este nivel de la preocupación, "El tiempo" resuelve aprovechar su condición de diario nacional, cuya opinión es muy acatada y ensaya utilizar un arma de dos filos juzgada eficaz al principio pero cuando se vio el sentido verdadero que tomó, ya era muy tarde. Esta arma de dos filos consiste en descalificar a dos candidatos (Belisario y Sourdís) para polarizar la lucha entre Pastrana y Rojas. Los resultados saltan a la vista y sobre los mismos volveremos oportunamente.

EVARISTO SOURDIS

Este candidato opone al reformismo social profundo de Betancur o el continuismo desarrollista de Pastrana, un programa ortodoxamente neoliberal. Respeto irrestricto a la propiedad privada, la libertad de empresa y los otros postulados suficientemente conocidos como para ser enumerados aquí. Evidentemente este programa distaba mucho de corresponder a las expectativas de las grandes masas del país, pero es preciso recordar que, en líneas generales, el colombiano votará más por nombres que por programas, aunque los resultados presentes presumiblemente sirven para demostrar que la situación económica de las gentes tiende a separarse cada vez más de las posturas clásicas.

Sourdís representaba la legalidad de la convención conservadora. Ciertamente es que su triunfo fue por escaso margen, pero triunfo al fin. No creo que la clase política dirigente del país desconozca los triunfos por escaso margen de votos porque si fueran consecuentes con ellos, deberían afirmar que el general Rojas Pinilla es el vencedor en las recientes elecciones, como lo fue, de acuerdo a esta tesis, el Dr. Pastrana en la convención de su partido.

Sourdís actuó como canciller del régimen rojaspinillista, pero es un hombre sobre el cual el país no tiene resentimiento alguno ni que se haya destacado por sectarismo de ninguna clase. Es oriundo de las riveras del Caribe donde la manera de ser de las gentes, alegres y bullangueras, no crean las condiciones para fuertes luchas políticas. Su edad (65) y su vasta cultura hubieran hecho de él un presidente tranquilo y sin espectacularidades, pero evidentemente no ideal para un país que se está despertando de un letargo rural de muchos siglos, que se está asomando al siglo XX sin tregua ni antídotos.

En un territorio tan vasto y quebrado como el colombiano, el aislacionismo en el que se mueven muchas comarcas y las marcadas diferencias culturales que las diferencian, radicalmente en muchos casos,

es terreno fértil para toda forma de regionalismos. La candidatura de Sourdís aspiraba a contar con el apoyo del litoral atlántico, su tierra (aproximadamente 1.000.000 de votos) y algunos sectores conservadores y liberales del interior que hay que sumar al hecho de que existían tres candidatos fuertes con electorados aparentemente equilibrados en una nación con un potencial electoral de casi ocho millones de electores pero con una abstención que regularmente alcanza al 50 %. Su presentación se basó, como anotábamos anteriormente, en ser el candidato legalmente votado por la convención partidaria y una insistencia tenaz acerca de la necesidad de integrar las diversas comarcas integrantes del país.

GUSTAVO ROJAS PINILLA

Desde su regreso a Colombia, Gustavo Rojas Pinilla no disimuló su deseo de volver al poder y articular una tercera fuerza política en el panorama tradicionalmente bipartidario de Colombia. Durante su gobierno trató con muy poca fortuna de integrar un nuevo partido político. Casualmente no son pocos los antiguos dirigentes de ese ensayo que hoy se han convertido en sus más feroces detractores, habiéndolo apoyado hasta la víspera de su caída.

Rojas Pinilla, como fenómeno político, no puede ser considerado separadamente de su hija María Eugenia Rojas de Moreno. Cualquiera sea la opinión que se tenga de ella, es innegable que estamos en presencia de una extraordinaria mujer de acción y organización que fue el factor preponderante en la creación de Anapo (Alianza Nacional Popular), la única fracción política que hoy puede decir con verdad que posee una amplia base popular. Indiscutiblemente es la figura femenina más destacada en el actual panorama político latinoamericano y sólo puede ser comparada con la figura de Eva Perón, discutible pero poderosa.

A su regreso a Colombia, Rojas fue procesado por el Congreso Nacional, quien lo declaró culpable, condenándolo a perder sus derechos políticos. Estos sólo le fueron devueltos después de una lucha constante que recién culminó hace dos años mediante fallos de los máximos tribunales del país.

Era natural que recobrados esos derechos, la Anapo lanzara la candidatura de su fundador y guía. Sus oponentes estaban convencidos de su relativa peligrosidad dado que los principales diarios habían gastado trece años a denostarlo en términos de dudoso gusto y que hacían recordar el lenguaje de aquellos semanarios que corrieron por las calles de Buenos Aires, inmediatamente después de la Revolución Libertadora. A muchos les costaba trabajo creer que una labor tan prolongada y realizada por los mejores medios y las principales figuras del país no calara hondamente en el espíritu de un pueblo que siempre se había mostrado sumiso a la voz de sus caudillos.

Por necesidades de tipo constitucional, la Anapo está dividida en dos alas, la liberal y la conservadora (recordar que los partidos diferentes están proscritos) y tiene que presentar dos listas de candidatos para todas las bancas en los diversos niveles. Pero ciertamente esta división no es

otra cosa que la respuesta a una situación jurídica, puesto que ya el movimiento lleva todas las trazas de convertirse en un nuevo partido político, con todos los elementos que esto implica. La aparición de éste será indudablemente un factor de modernización de la política colombiana.

Los años pasados desde la primitiva formación de Anapo, unos ocho, el movimiento se dedicó sistemáticamente a organizar grupos de base y a generar en ellos una mística concientizadora, actividad que los otros partidos despreciaron por seguir creyendo en el poder mágico de sus caudillos parroquiales y provinciales. La Anapo construyó así una estructura de partido político moderno y dinamizador de un cambio.

Rojas P., constituido al frente de esta agrupación, supo utilizar un lenguaje de fácil percepción por parte del pueblo. Ciertamente hay en él mucha demagogia, pero es imposible plantear el problema del cambio a otro nivel para masas que se mueven en la ignorancia y acicateadas por la necesidad de supervivir en un medio que todos los días parece más hostil. Se recurrió mucho a la comparación entre la situación existente en su gobierno (1953-57) y se demostró, por lo menos las gentes así lo entendieron, que el Estado puede tomar medidas eficaces para regular el desmedido afán de lucro de los comerciantes. Insisto en que se recurrió en demasía a la demagogia, pero lo que no es discutible es que él logró establecer una comunicación con la base.

De otra parte la campaña de ataques virulentos contra su persona y su obra, lo aureolaron de un aire de mártir del sistema que sirvió, como después se probó, para canalizar un desconformismo muy extenso en las diversas capas sociales. Aquí cabe anotar que los votos consignados por Rojas P. no sólo incluyen a esa base organizada sino algunos sectores de clase media e intelectuales que se plegaron a su movimiento como "mal menor", dada la alternativa que los diarios oficialistas crearon como el único oponente válido de Pastrana, o sea, del sistema imperante.

EL 19 DE ABRIL

Con estos candidatos, el pueblo vio llegar el día señalado para las elecciones. Un candidato continuista: Pastrana B. Una revolución en libertad, copiando el lema de Chile: Belisario Betancur C. Un neoliberal conservador que acepta el sistema pero rechaza su funcionamiento político: Evaristo Sourdís J., y, por último, un candidato contestatario que rechaza todo el sistema y preconiza la toma del poder por el pueblo y la derrota de las viejas y anquilosadas oligarquías: Gral. Gustavo Rojas P.

El gobierno insistió en que mantendría la más completa neutralidad. Lo cierto es que se dieron garantías a todos los candidatos pero el gobierno, con el presidente Lleras a la cabeza, sintió inquietud por el avance notable del rojaspinillismo que, gracias a la estrategia de la "polarización" crecía con todo el desconformismo nacional. Por otro lado, Rojas P. contestaba con relativa facilidad los cargos de sus oponentes que, excepción hecha de Betancur, había desempeñado cargos claves en su gobierno y, por ende, tenían su cuota de

responsabilidad en los errores que haya podido cometer. Es decir que, como telón de fondo, había un problema ético; los que atacaban a Rojas fueron sus ex-funcionarios. Esta situación alimentaba las huestes de Anapo. Tal vez si el Frente Nacional hubiera proclamado un candidato con las manos limpias de rojismo, éste no se hubiera convertido en la agrupación más popular del país.

So pretexto de defender su obra de gobierno, el presidente Lleras aprovechó la inauguración de muchas obras, en pleno período electoral, para atacar a la "dictadura" y rechazar enfáticamente todas las afirmaciones del grupo opositor. Esta conducta le valió una cordial amonestación del Procurador General de la Nación, pero la situación no varió gran cosa, y así se llegó al día esperado por unos y temido por otros.

La naturaleza también se puso a tono y Bogotá y la mayoría del país gozaron de un día de sol espléndido, clima que ayudó a que la asistencia a las urnas fuera copiosa desde los primeros momentos de la elección.

A pesar de la polarización de opiniones y de la fuerza considerable de cada uno de los candidatos, el acto eleccionario se realizó no sólo correctamente sino que reinó una cordialidad y alegría especial que demostraba que la nación había sufrido un proceso de maduración realmente envidiable, sobre todo si se considera que hasta hace muy pocos años el pertenecer a partidos diferentes era motivo sobrado para atacar al adversario. Todo el mundo reconoce que, en este sentido, el Frente Nacional representa un éxito rotundo y admirable. El experimento frentenacionalista se justifica plenamente ante la historia con este solo hecho. Es discutible el resto de su obra, pero la pacificación del país, que en algunos momentos pareció utópica, es una realidad palpable y generalizada.

La posibilidad real de elegir entre cuatro estilos diferentes, cuatro planos, divergentes de ver a Colombia, sacó a las gentes de su apatía electoral y la abstención alcanzó su nivel más bajo en la moderna historia colombiana. Todo el mundo vio que su voto era importante y que el destino del país estaba en un punto importante. La más completa calma se extendió por todo el territorio y en esto es importante recalcar por el esfuerzo titánico que representó la erradicación de la violencia de la vida política.

Después de ocho horas de abiertas, las urnas dejaron de recibir votos y empezó un suspenso enervante y que para muchos hizo que el 19 y el 20 fueran un solo día. Se había terminado con un deporte que ocupó la mayor parte del año: los cálculos de votaciones, reelecciones, etc.

LA PRIMERA SEMANA POST-ELECTORAL

El amanecer del lunes trajo consigo un aflojamiento de tensión por la finalización de la campaña, pero inmediatamente otro crispas de nervios por los resultados.

Los primeros datos de la noche del domingo asignaban al Gral. Rojas una muy ligera ventaja sobre el candidato oficial. Alrededor de la medianoche se alternaban los dos candidatos con ligerísimas ventajas, pero de ahí en más la delantera fue para

Pastrana, pero siempre por un margen relativamente estrecho. Finalmente la ventaja apenas sobrepasa los cincuenta mil votos. Este corto margen es la causa de la enorme tensión que se genera de ahí en adelante.

Desde las primeras horas del lunes los rojaspinillistas salieron a las calles a reclamar el triunfo de su candidato y denunciando un supuesto fraude favorable al candidato del Frente Nacional. Sobre este asunto todo es confusión. La censura impuesta por el gobierno y la tendencia, muy latinoamericana por cierto, de no querer aparecer como mal informado, han dado pie a la aparición de toda clase de rumores y especulaciones. Todo el mundo tenía un pariente o un amigo muy bien vinculado y que había dicho que... Total: un desconcierto absoluto.

En todo caso es de elemental justicia relevar de toda sospecha al presidente Lleras Restrepo. Este es un hombre total y absolutamente convencido de la eficiencia de la democracia como forma de gobierno y de la necesidad de respetar el veredicto electoral. Además él cuida muchísimo de su propia imagen de estadista y del prestigio de Colombia en un continente cada vez más convulsionado.

El lunes y martes los rojistas reclamaron tumultuosamente su victoria. Estas manifestaciones fueron infiltradas, como es natural, por algunos maleantes y agitadores profesionales que las aprovecharon para hacer de las suyas, lo cual sirvió para que el martes a la noche, el presidente Lleras decretara el estado de sitio y el toque de queda en Bogotá y en las principales ciudades del país, tomando medidas rígidas, aún mayores que las adoptadas por el gobierno en mayo de 1957 cuando fue derribado el régimen de Rojas Pinilla. Naturalmente, la falta de información y marcialización de la vida social, dio un nuevo impulso a la ola de rumores y desmentidos. A ciencia cierta, son muy pocos los que saben qué está ocurriendo. Hay paz pero acompañada de una tensión enorme. Las medidas de emergencia dieron lugar a manifestaciones de solidaridad con el gobierno, sobre todo de parte de los sectores de clase media y alta. Los colombianos saben muy bien lo grave que es perder la paz, en el sentido de orden público, y todo lo que costó lograr superar esa etapa.

Mientras tanto, existe en el pueblo una preocupante sensación de frustración. Ellos están convencidos de que han perdido dolosamente el poder y lo han perdido justamente cuando podrían haberlo conseguido después de 150 años de espera. Por otra parte, la clase media, siempre más radical que la que tiene todo que perder, cerró sus actitudes y exhibe un olímpico desprecio por la "chusma", el "populacho" y otros adjetivos similares con que designan a una masa desposeída que representa la infinita mayoría del conjunto social.

Es digno de observarse que el triunfo rojista se obtuvo en las grandes ciudades y en las provincias de mayor desarrollo. En las comarcas rurales, el candidato oficial obtuvo sus triunfos. Cabe arriesgar la hipótesis de que esto se debe al hecho de que en las zonas del campo todavía el caudillo tiene un poder ilimitado y las gentes siguen firmemente creyendo en que el gobiernismo puede ser una actitud que remedie sus infinitos males.

CONCLUSIONES

Estas elecciones, cuyo resultado conocen ustedes por los diarios, como decíamos al comenzar estas líneas, son muy importantes porque de ellas podemos extraer una serie de conclusiones fundamentales para el destino de Colombia que pueden dar la pista para comprender situaciones en otros países del hemisferio en los cuales el proceso de modernización está aún en embrión.

La polarización auspiciada por los sectores pastranistas ha dado lugar a que se produzca un fenómeno desconocido en Colombia: la aparición de una conciencia de clase. Esto es válido tanto para los sectores de base como para los medios, con su característico chauvinismo e intransigencia. Hasta dónde pueda llegar esta concientización y qué efectos pueda tener, es cosa que el futuro y la prudencia de los gobernantes decidirán.

Los resultados electorales son un rechazo completo a una concepción economicista del desarrollo. Se ha intentado desarrollar económicamente a la nación, sin variar las estructuras políticas o los esquemas mentales, y las gentes, que desconocen los profundos meandros de la economía, no ven efectos tangibles de la lucha contra la inflación, el saneamiento de la deuda pública y cosas similares. Una vez más, se prueba que el desarrollo, para poder ser tal, necesita de la participación, y ésta sólo se realiza cuando las gentes hayan comprendido el fenómeno. El nuevo gobierno deberá promover el desarrollo social como condición básica para que Colombia no caiga en la anarquía o en la parálisis. Los planificadores y economistas deberán admitir que las gentes tienen algo más que billetera y a esas otras necesidades hay que atenderlas con la misma preocupación que la economía.

Como resultado de estos comicios, el pueblo ha enterrado bajo sus votos a una esclerosada generación de caudillos de todo nivel. Ciertamente nadie se "quema" totalmente en el ámbito político colombiano, pero también es cierto que jamás un grupo dirigente había sufrido un trasplé de esta magnitud. El Frente Nacional que tantos resultados positivos ha dado a la pacificación y a la economía, deberá adoptar una nueva mentalidad si no quiere acabar con esa misma pacificación. Hay que buscar una concepción de desarrollo integral o el futuro se presenta de una oscuridad preocupante. El pueblo se ha dado cuenta que puede alterar los centros de poder y esta situación implica revisar toda la estructura política y social.

Esto es posible porque el 19 de abril se eligió, además de presidente, a los miembros de ambas cámaras del congreso, y dada la equidad de fuerzas, nadie gobernará con estabilidad si no adopta una política comprensible por las masas y que responda a sus expectativas. Ya la época de la demagogia entra en su eclipse definitivo y ahora se vuelve explosivamente peligroso defraudar si es que se tiene algo de instinto de conservación.

Se podrían deducir más fenómenos de esta situación electoral, pero los señalados son los más importantes y aquellos sobre los que existe un completo consenso. El tiempo dirá la última palabra. ♦

Bogotá D. E., 27 de abril de 1970.